

Introducción

Todo aniversario también archivo: la huella de lo vivido que se convierte en un relato compartido a través de esta exposición. La Fundación Alalá cumple diez años reafirmando su compromiso con la educación y el arte como herramientas de cambio social.

Bajo el título Romance de la luna, luna, inspirado en los primeros versos del Romancero Gitano de Federico García Lorca, esta exposición propone un recorrido que entrelaza identidad, memoria y esperanza en torno al barrio del Polígono Sur de Sevilla.

Aquí, el arte contemporáneo dialoga con el trabajo realizado por Alalá: visibiliza lo invisible, transforma lo cotidiano en un canto colectivo y reivindica la fuerza de la cultura como motor de dignidad.

El poema de Lorca, con su mirada sobre la infancia, la vulnerabilidad y la identidad gitana, funciona como una clave de lectura: nos invita a acercarnos con sensibilidad a un territorio marcado por prejuicios, pero lleno de talento y de vida. Al igual que el poeta reivindicó la fuerza cultural del pueblo gitano, esta muestra rinde homenaje a la infancia, a la creatividad y a la capacidad de transformar la realidad a través del arte.

Comisariada por **Paco Pérez Valencia**.

Artistas: **María Ortega Estepa, Anuca Aísa, Pierre Gonnord, Emilio**

“Caracafé”, Alegría y Piñero, Cristina Mejías, Belén Rodríguez y José

Ramón Bas.

Sala 1 · A las puertas del barrio

El recorrido se abre con los collages de *María Ortega Estepa*, artista que ha trabajado estrechamente en el Polígono Sur como coordinadora del taller de artes plásticas de la Fundación Alalá.

Sus obras funcionan como un umbral simbólico, nos sitúan ante la frontera entre lo que creemos saber del barrio —estigmas de pobreza o marginalidad— y lo que realmente contiene, una vida cotidiana llena de vínculos, ternura y creatividad.

El collage es aquí un lenguaje muy significativo: fragmentos que, al unirse, revelan un todo nuevo, del mismo modo que la identidad del barrio se compone de múltiples piezas que no pueden entenderse por separado. En cada composición aparecen colores vibrantes y gestos poéticos que evocan naturaleza, juego y sentimiento de pertenencia a una comunidad.

Las obras de *Ortega Estepa* nos invitan a mirar con otra sensibilidad, a traspasar el muro del prejuicio y descubrir que en cada rincón late la posibilidad de belleza. Esta sala es, por tanto, una puerta de entrada al barrio, pero también al espíritu de la exposición: aprender a mirar lo invisible, con respeto y reconocimiento.

Sala 2 · Lo que no se ve

La segunda sala nos adentra en lo oculto, en aquello que suele quedar fuera de la mirada. Las fotografías de *Anuca Aísa* rescatan objetos arrojados a la basura —restos de un mundo doméstico y anónimo— para transformarlos en bodegones mínimos de sorprendente delicadeza.

Cada objeto fotografiado — un juguete roto, una pelota, un utensilio que ya no sirve — es un fragmento de vida que parecía condenado al olvido. *Aísa*, les otorga una segunda existencia estética, invitándonos a reflexionar sobre lo que desechamos y sobre las huellas silenciosas que permanecen en lo que otros consideran inservible.

En un barrio como el Polígono Sur, marcado por la precariedad, estos objetos se convierten en testigos discretos de las dificultades, pero también de la

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

resistencia y la creatividad de quienes los usaron. Presentados como si fueran cuadros en un museo clásico, los bodegones de *Aísa* invierten la lógica habitual: lo que fue residuo se contempla ahora con atención, como si en cada detalle se escondiera un retrato íntimo de la vida diaria y sus circunstancias.

Sala 3 · Fragmentos de identidad

En la tercera sala, los retratos de *Pierre Gonnord* llenan el espacio con una presencia imponente. Son primeros planos intensos, donde los rostros de los jóvenes del barrio aparecen iluminados con solemnidad casi pictórica. No son retratos neutrales: cada mirada es un desafío, una afirmación, un recordatorio de que esos jóvenes existen y reclaman su lugar en el mundo. Lejos de ser estereotipos, aquí se nos muestran como individuos únicos, con historias, dignidad y fuerza.

La tradición retratística de *Gonnord*, cercana a los grandes maestros barrocos, otorga a estos jóvenes una nobleza estética que combate frontalmente los discursos de invisibilidad. En un lugar donde a veces no se ve quiénes realmente son las personas, estos retratos son una manera tranquila de mostrar que sí importan y tienen algo que decir.

El visitante no puede mirar de reojo: es mirado a su vez. Y en esa reciprocidad surge la pregunta sobre qué lugar otorgamos en nuestra sociedad a quienes han sido históricamente relegados.

Sala 4 · El ritmo del barrio

La cuarta sala late al compás de la música. Está dedicada a *Emilio "Caracafé"*, guitarrista gitano del Polígono Sur, fundador y alma de la Fundación Alalá. Su guitarra encarna la memoria viva del flamenco y, al mismo tiempo, la posibilidad de futuro que abre la educación musical. *Caracafé* ha llevado el nombre del barrio a escenarios internacionales, demostrando que el talento puede florecer incluso en contextos adversos.

La sala es un homenaje a su figura y a lo que representa: la transmisión de un patrimonio cultural que es raíz y resistencia, pero también lenguaje universal de

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

esperanza. En su música se condensan la tradición gitana, la creatividad personal y el compromiso con las nuevas generaciones.

Aquí, el flamenco no es solo un arte: es un modo de resistir, de afirmarse y de soñar.

Sala 5 · La tradición como motor

En esta sala, la tradición flamenca se convierte en materia artística contemporánea, recordándonos que el conocimiento se transmite muchas veces de oído, de maestro a aprendiz, como ocurre con el cante o la construcción de una guitarra.

Alegría y Piñero llevan casi una década investigando la fenomenología de la voz. Su punto de partida fueron las primeras máquinas parlantes de los siglos XVIII y XIX —como las del profesor *Kratzenstein* o las de *Von Kempelen*— que buscaban reproducir artificialmente los sonidos humanos. A partir de ese hallazgo histórico, el dúo desarrolla esculturas sonoras en barro que, insufladas de aire, parecen articular fonemas concretos. No son objetos mudos: en ellas la voz se desplaza de la garganta a la materia, y la vibración recuerda al compás del cajón flamenco, al eco de las palmas o al soplo de un pito de caña. El proceso, cercano a un diálogo oracular con el barro, convierte cada pieza en un instrumento de escucha, donde forma y sonido se encuentran para revelar lo oculto en el lenguaje.

En diálogo con ellos, *Cristina Mejías* trabaja con la madera teñida para explorar la transmisión oral como archivo vivo. Sus obras surgen de un interés por las formas de conocimiento no normativas: la memoria que se guarda en los cuerpos, en las voces o en los gestos colectivos. Como en sus proyectos recientes, la artista se inspira en imágenes de la naturaleza —la comunicación coral de las ballenas o el vuelo sincronizado de los estorninos— para pensar un lenguaje compartido, fluido y en constante transformación.

Gracias a la generosidad de la galería Alarcón Criado, estas obras se presentan aquí como ejemplo de cómo la tradición no es un lastre, sino una fuerza activa que impulsa la identidad y abre camino al futuro.

Sala 6 · El color de la esperanza

Esta sala irrumpe como un estallido de color, vitalidad y movimiento. Aquí, la obra de *Belén Rodríguez* transforma el espacio en un tapiz de energía y confianza, recordando que Alalá significa precisamente “alegría” en caló. *Rodríguez* trabaja desde el mundo textil como territorio de investigación artística. Sus piezas no imitan la naturaleza: la incorporan, la recogen y la traducen en color. Como una recolectora contemporánea, parte de pigmentos, fibras y técnicas artesanales para crear un repertorio cromático propio, donde cada hilo y cada forma poseen una autonomía plástica que oscila entre la pintura y la escultura. El resultado son superficies ondulantes, vibrantes, que parecen expandirse más allá del soporte y envolver al espectador en un ritmo visual cercano al de la música. Su obra nace de un profundo interés por el paisaje y la cultura material, por la memoria inscrita en los tejidos, en las rutas comerciales, en las mezclas culturales que la historia del textil ha legado a lo largo de los siglos. Con esa base, la artista convierte lo frágil y lo efímero —un retal, un hilo, un color extraído de un fruto— en presencia monumental, abriendo un espacio donde lo cotidiano adquiere categoría de obra.

En el contexto de esta exposición, los tejidos de *Belén Rodríguez* introducen un contrapunto luminoso: un recordatorio de que la creatividad es también juego, ligereza y posibilidad. En diálogo con los niños y niñas de Alalá, sus piezas nos hablan de futuro: de cómo, incluso en los escenarios más difíciles, la imaginación y el arte pueden abrir caminos de esperanza.

Sala 7 · El futuro es nuestro

El proyecto de *José Ramón Bas* recoge testimonios, imágenes y relatos de los jóvenes que forman parte de Alalá. Sus obras no se limitan a documentar: son traducciones visuales de sueños, aspiraciones y procesos de superación. Cada historia personal se convierte en un símbolo colectivo: jóvenes que deciden estudiar, que encuentran en el arte un refugio y un trampolín hacia un porvenir más esperanzador, construyendo un proyecto vital en un contexto donde a menudo niegan oportunidades.

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

La sala es una afirmación poderosa: el futuro no está predeterminado, se construye día a día. *Bas* muestra que la educación y la cultura son llaves que abren puertas, y que cuando un barrio se dota de herramientas creativas y educativas, lo que antes parecía imposible se convierte en horizonte alcanzable.

Sala 8 · La celebración

La última sala es un espacio de memoria y de fiesta. Recoge el archivo vivo de diez años de la Fundación Alalá: talleres, fotografías, voces, gestos y aprendizajes que han dado forma a esta comunidad creativa. No se trata de un archivo muerto, sino de un legado en movimiento que se proyecta hacia el futuro. Cada imagen, cada documento y cada testimonio recuerdan que el arte no ha sido un lujo, sino una necesidad vital para transformar realidades y ofrecer dignidad.

La sala es también una celebración de la cultura gitana y de su capacidad de resistencia y alegría. Como en el poema de Lorca, la luna se convierte en símbolo de infancia, vulnerabilidad y belleza, iluminando el recorrido y cerrándolo con una promesa: que esta historia seguirá creciendo, multiplicando sueños y sembrando esperanza.

Gracias por acompañarnos en este recorrido

Esta exposición ha sido una invitación a mirar el Polígono Sur con nuevos ojos: más allá del estigma, hacia su riqueza humana, cultural y creativa. A través del arte —collage, fotografía, retrato, escultura, música y memoria— hemos descubierto un barrio que late con fuerza, dignidad y esperanza.

Cada sala ha mostrado que lo cotidiano puede ser bello, que la tradición impulsa el futuro, y que la educación y el arte son herramientas de transformación. Lo que parecía invisible, hoy se revela como potencia viva.

Gracias por mirar con respeto. El viaje continúa en cada gesto, en cada historia, en cada sueño que aún está por crecer.